



# PAULANERIAS DE ARSETONER

Novela narrada en primera persona que, en la voz de un cooperante sanitario, nos traslada a una guerra en el centro de Europa y a un tiempo en el que sólo cuenta una cosa: vivir, aprovechar la vida al máximo y dejarse llevar de la mano de esas pequeñas cosas, de los detalles y los gestos cotidianos porque, a la hora de la verdad, tal vez sean lo único que importa. Paula Farias aborda un tema trágico y duro pero, a diferencia de muchos otros autores que nos han contado experiencias parecidas, lo hace no con ánimo aventurero, periodístico o dramático sino sobre todo con la intención de hacernos comprender cómo, en las situaciones más inesperadas, el amor, la amistad y la solidaridad se sobreponen a las circunstancias. Su obra nos llega desde sus propias experiencias y, precisamente por eso es luminosa, serena, real y, sobre todo, positiva.

**Lectulandia**

Paula Farias

# **Dejarse Ilover**

ePub r1.0

SoporAeternus 27.04.16

Título original: *Dejarse llover*  
Paula Farias, 2015  
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



A Mambrú, dondequiera que esté

«Los niños perdidos buscaban a Peter Pan, los Piratas buscaban a los niños perdidos, los Pielas Rojas buscaban a los Piratas y las fieras buscaban a los Pielas Rojas, y así iban andando, en torno a la isla, pero no se encontraban nunca porque todos iban a igual distancia unos de otros y todos seguían la misma dirección.»

*Peter Pan y Wendy*, J. M. BARRIE

## Prólogo.

### La mirada que sana

Mi trabajo como cineasta me ha dado a veces la oportunidad de acompañar a equipos de trabajadores humanitarios en zonas de emergencia. Mi relación con Paula Farias y con esta novela comienza en uno de esos viajes, en el norte de Uganda, donde a propuesta suya rodamos para Médicos Sin Fronteras un documental sobre el éxodo forzoso de miles de niños que cada día, al caer la tarde, buscan refugio para evitar ser secuestrados y forzados a combatir por una guerrilla local. En lo más parecido a un bar que encontramos a quince kilómetros de la frontera con Sudán, bebiendo una cerveza Nile Special caliente, escuché hablar por primera vez de *Dejarse llover* a Aitor Zabalgogezkoa, responsable de la seguridad de nuestra misión. De ella me cautivó la aparente sencillez de su pretexto argumental y su profundidad, que van juntas. Porque habla de la crueldad de la guerra, pero lo hace con sentido del humor y del absurdo.

Paula es médico, y también escritora. De las dos maneras se ocupa de la gente que lo necesita. Tiene eso que solo los autores de verdad tienen: mirada propia. Cuenta la vida, la vida en guerra, con la sorpresa y la aparente ingenuidad de un niño; sin embellecerla, porque no hace falta: sabe que la vida es bella a pesar de todo. Pero hay enfado también en su escritura. La justa indignación del niño otra vez, al comprobar que en el rompecabezas de lo que se suponía que iba a ser el mundo faltan piezas, no encajan, están mal hechas.

Su novela es un recorrido por el paisaje minado y laberíntico de un conflicto armado que evita los escenarios bélicos recurrentes y se ocupa de otra guerra, de la guerra silenciosa, esa que trasciende los frentes y los acuerdos de paz y perdura en la amenaza callada de las minas, en la ruleta de los controles militares, en el odio larvado de tus vecinos y en el dolor de las madres, que es tres veces dolor.

Y describe los recodos de ese laberinto con precisión poética. Los caminos, los animales muertos, las trampas. El barro de los campos de refugiados, el agua que beben, las mantas que les cubren: duras, grises, pequeñas. Mantas modelo refugiado, escribe Paula. Y describe los desfiles de la victoria, con su cuota inevitable de derrota. La euforia y la lluvia de pétalos en las grandes avenidas sobre los niños soldados, que ignoran qué guerra han ganado. Y, desde luego, las minas. Enterradas en los campos, en las cunetas, en los prados donde aún hoy juegan los niños; enterradas también para siempre ya en la memoria de la autora, y así en este libro, en sus páginas. Una, dola, tela, catola.

Pero no solo las granadas vienen del cielo. También la luz, las nubes con su naturaleza intrínseca de juego. Y la lluvia, que al caer lo limpia todo, que sana y devuelve las cosas a su lugar, restaurando su orden natural.

Que no se engañe el lector pensando que tiene entre las manos las memorias de una trabajadora humanitaria. Gana en sus páginas la partida la novelista, la fabuladora. Porque sabe que lo que se vive es diferente de lo que se recuerda, y lo que se recuerda es distinto también de lo que se cuenta. Sus experiencias están bordadas con el hilo mágico de la ficción, y alcanzan así rango de historia.

Tienen sobre su espalda los trabajadores humanitarios la difícil tarea de organizar el caos, de devolverle el sentido a aquello que hace ya tiempo que lo perdió. Esa, y no otra, es también para mí la tarea del escritor. Quizá por eso Paula sea las dos cosas. Su oficio es sanar, con las manos, con las historias, tanto da. Quizá por eso nosotros, sus lectores, cerramos esta novela con la sensación de que la vida, la mala vida, con sus dientes de sierra, con sus muertos, sus pozos y sus guerras, ha de experimentar pronto, pese a todo, una inevitable mejoría.

Para adaptar una novela necesitas reconocerte en ella, sentir próximo lo que su autor cuenta; después, perderle el respeto, hacerla tuya. Escribir una película es, en realidad, contar otra historia. En el proceso desaparecieron personajes, otros nuevos llegaron a la historia; surgieron tramas, sucesos, momentos. Tomamos rutas distintas, acaso para llegar a parecidos sitios. Permanecen el pozo, las trampas, los caminos.

Y la lluvia.

Unos días antes de comenzar el rodaje, quise que los actores compartieran mesa y conversación con Paula, con Aitor, con Petrus, todos ellos trabajadores humanitarios, amigos. La sobremesa se llenó de historias delirantes, de anécdotas terroríficas en *check-points*, de relatos más o menos feroces que nos ayudaron a comprender, si acaso por un instante, el incomprensible espíritu de un oficio insensato, inevitable, hermoso. Cuando alguien les preguntó por qué se dedicaban a él, la respuesta de Paula se clavó en el centro de la mesa con la contundencia y el fulgor de un cuchillo en llamas: porque no hay otro trabajo mejor en el mundo.

Solo unos días después, comenzamos a rodar *Un día perfecto*.

Fernando León de Aranoa  
es guionista y director de cine

No deja de ser extraño cuando solo han transcurrido unos meses, pero de aquel tiempo y de todo lo que supuso apenas me quedan brevedades de cosas y algún que otro retazo de memoria, que no de realidad.

El verano iba dejando paso a un otoño remolón, los árboles amarilleaban con desgana y, en algún lugar del mundo, acababa de terminar una guerra.

Para muchos, los que la vieron de lejos y oyeron hablar de ella casi por azar, fue solo una más, una de tantas, como suele ocurrir en estos casos. Para otros, sin embargo, fue el tiempo de dejar de ser niños, tiempo de convertirse en tipos con el cuerpo y el alma parcheados.

Para mí fue apenas un boceto de sensaciones y creo que eso en el fondo me molestaba. Envidiaba no tener un buen desgarro que lucir como herida de guerra y con el que aprender a vivir haciendo malabares. Me dolía esa ausencia de heridas profundas que me llevó a guardar de aquel tiempo solo trazos, retales, el recuerdo parco de una historia de muerte, levedad, y lluvia, y la eterna presencia de un sol naranja escondiéndose todos los días tras una montaña inmensa haciendo cortinas de luz, velos que ocultan cosas, agua como aire...

# I

Que el subirlo fuera tan poco a poco, tan lento y rítmico, se debía solo al firme propósito de no desafiar de nuevo a la gravedad, pero de ningún modo pretendía hacer rito del horror. Ninguno de nosotros tenía intención de convertir aquello en un juego aunque la cadencia, lenta y garbosa, le diera al conjunto un toque mágico que a punto estuvo de arrancarle una sonrisa a mi pudor y compostura.

Algo bailaba en el aire aquella mañana, algo que no sé si es bueno escribir sobre papel.

—Dardan, vigila bien, no vaya a romperse otra vez la cuerda, que tengo hambre y estoy empezando a perder la paciencia.

—Será hora de almorzar. A mí también me rugen las tripas.

B. hizo una pausa que aprovechó para llenar de jadeos. El calor y el esfuerzo se hacían notar y él no era un hombre lo que se dice fornido, era bien terco, eso sí, pero no fornido, y tratar de sacar a aquel tipo del pozo a golpe de riñón lo colocaba al límite de sus fuerzas, aunque él no fuera capaz de admitirlo.

—Hombre, es que gallinas y cerdos, vale. Todo lo más una cabra, pero, coño, podían haber avisado, porque esto es demasiado. Te dicen cadáveres y ya asumen que vas a esperar encontrarte con «esto», pues, joder, a mí me dicen cadáveres y pienso en eso, gallinas, cerdos, cabras, y no en un tipo, y menos como este, que debe de pesar más de cien kilos.

—No, hambre no ha pasado en esta guerra, eso seguro. Pero deja de mascullar y mira la cuerda, que se va a volver a romper.

Me estaba empezando a poner nervioso, pero B. no parecía notarlo y continuaba con su retahíla.

—Menudo cordelito hemos traído. Ya podíamos haber cogido algo más grueso por si acaso. —Seguía jadeando y ya sin ningún ritmo, a trompicones—. Joder, es que parece que estamos de nuevas. —Se detuvo y cambió a un tono grave, quizá por sonar más didáctico o quizá solo porque así, incorporado, cogía aire con menos dificultad—. Pues no será de lo más normal encontrar un cadáver en un pozo cuando te dicen que hay un cadáver en un pozo... Cabras y gallinas no se tiran a los pozos, no en tiempos de guerra, se echan a la cazuela —y ya con cansancio—, como casi todo, supongo.

El agua chorreaba, se escurría por los costados del tipo y producía un gorgoteo arrítmico sobre el poco lodo que quedaba en el fondo del pozo. Rezumaba por debajo de las perneras raídas de un pantalón que alguien había tenido la delicadeza de dejarle puesto. Parecía salir de sus mismísimas entrañas.

El lodo lo cubría todo como si fuera una fina capa de manteca sobre una tostada recién hecha. La piel se fundía con el lodo y este desdibujaba los contornos. Y tenía

color de agua y de tierra. Y hacía calor, y yo tenía hambre, y todo era tan absurdo y tan anacrónico que mi cabeza empezó a vagar hacia otros pensamientos, también de agua, también absurdos, pero en otro tiempo y en otro lugar.

Y por eso, por vagar entre recuerdos cuando uno anda ocupado rescatando cadáveres de los pozos en lugar de estar a lo que hay que estar, no me di cuenta de que la cuerda se rompía y tampoco de que el gordo, con sus más de cien kilos, caía con todo su peso sobre el resto de agua que quedaba en el fondo del pozo, provocando un salpicón que subió como una exhalación a empaparme la cara y arrancarme un:

—Mierrrda. Pero qué asssco, coño. Agua de muerto. Justo lo que me estaba haciendo falta para empezar el día. Dardan, joder, te he dicho que anduvieras con cuidado. Pero ¿no ves que el tipo está gordo como un cetáceo? —Me asusté de mi indiferencia, de mi frivolidad. B. me miró con sorpresa. También debí de resultarle algo así—. Bueno, ahora habrá que ir a buscar más cuerda y otra vez a cruzar el caminito minado. Vamos por el coche, quiero acabar con esto antes de que anochezca.

De noche las minas no se ven, si es que alguna vez se dejan ver. De noche todo es más oscuro, más incierto.

Minas, minas. Putas minas. Cómo las odiaba entonces. Cómo las odio aún.

Minas por los caminos y por todas partes. Ellas o sus fantasmas. Tanto da si están o no, la sola posibilidad no deja de ser una amenaza, un permanente resquemor detrás de las orejas, una sensación de cuenta atrás con la que te acostumbras a estar, a vivir, aunque no por eso deje de inquietarte.

Un mundo minado que se vuelve pequeño, delimitado. Un manto verde de pretendida inocencia que lo cubre todo sin dejar ver bien lo que esconde y un laberinto de caminos que van y vienen y componen así el gran acertijo. Una, dola, tela, catola, «¿y si me toca...?, ¿y si me toca?».

Y un valle lleno de gente que habita en ese mundo pequeño y que labra la tierra con el temor prendido entre los pulmones, o con el afán de no querer saber, de no haber sabido nunca. Y así, con cada golpe de azada, labran y rompen la tierra, haciendo un quiebro a la muerte, o a la vida, dos formas de ver las cosas en el fondo muy similares. «Quilo, quilete..., estaba la reina en su gabinete... y vino Gil y... explotó».

Las minas te revientan y no sabes por dónde te ha venido esa muerte, esa sorpresa, ese estallido... Algo que en el fondo tiene mucho que ver con el alma misma de esta guerra, de no saber bien por qué te están matando.

## II

El Range Rover descendía poco a poco y la hierba del fondo del valle parecía cada vez más amenazante. Como si el valle quisiera silenciarnos, como un pacto callado, una conspiración o un no querer saber. O simplemente un borrón y cuenta nueva. No sé.

Dejándonos caer, desmadejados y sin interés, fuimos regando el camino con una estela de polvo y dudas.

Al fondo, en el horizonte, un minarete blanco y altivo, elegancia musulmana que quebraba la monotonía del verde, rompía mi imagen de pueblo de montaña, iglesia de piedra, campanario y cigüeña.

B. me sacó de la ensoñación.

—Conduce más despacio y ten cuidado con las cunetas, que ya sabes dónde les gusta poner las minas a estos cabrones. —Me crispé. B. tenía el don de crisparme con sus comentarios. Se dio cuenta y trató de arreglarlo—. Venga, hombre, no me pongas esa cara. Solo mira dónde pisas.

No consiguió tranquilizarme, pero traté de aparentar calma y seguí conduciendo.

El minarete estaba cada vez más cerca. A la derecha se insinuaba una salida, luego la pista continuaba monte arriba.

—Me parece que en ese pueblo podemos encontrar cuerda. A ver si hay suerte y nos ahorramos salir del valle. —Y ya casi como disculpándome por un temor más que justificado—: No me hace ninguna gracia tener que conducir por estos caminos de tierra. Ayer hubo varios accidentes en el norte. Dicen que iban con blindados pero, aun así, hubo alguno que perdió las piernas.

Putas minas... No se dejan ver las jodidas.

Una vaca muerta obstruía el camino. Muerta como pocas cosas pueden estar muertas, muerta toda ella, un montón de carne muerta que se rebalsaba de sus propios contornos, de los contornos del camino y que, atravesada así, con indiferencia, nos dejaba apenas un breve espacio por donde pasar. Un corredor siniestro, o ni siquiera. Para ser siniestro hay que tener una razón de ser.

Era la primera vez que un cadáver nos cerraba el paso, pero no sería la última. El campo estaba lleno de bichos muertos porque nadie los quería mover o echarles tierra por encima por miedo a que tuvieran bombas-trampa debajo y que al manipularlas explotaran. Y por eso el campo ya no olía a campo, olía dulzón, como la muerte, como la tristeza, como el miedo. Como nuestras propias miserias.

Las bombas-trampa están por todas partes, pero sobre todo minándonos la necesidad, la nostalgia, la dignidad o el miedo; esas cosas que nos llevan a olvidar que somos vulnerables y a prescindir del sentido común; esas cosas que nos hacen quebradizos y con las que tanto les gusta jugar a los otros, a los que ponen las trampas, para convertirnos así en títeres de su broma macabra; esas cosas de las que hemos de cuidarnos con celo y escrúpulo para sobrevivir al menos un día más, que a veces no es poco.

Y quién no quiere, al regresar por fin a casa y sabe Dios de dónde, limpiarla, si es que aún está en pie, y colocar flores en el marco de la ventana y ponerse una camisa limpia, aunque esté ya la tela pasada pero que huela bien, a flores o al menos a agua de mi tierra y no a agua de refugiado, que casi siempre tiene mucho de cloro y poco de agua y, cómo no, sacar el ganado degollado y ya putrefacto que algún mal nacido ha dejado en el salón, de mi casa, coño, mi casa.

Cuidado, que esa necesidad de hogar puede esconder una bomba debajo.

Y al mover al bicho degollado, para hacer sitio a la normalidad, la vaca y el resto que eran, estalló.

Y dejarse caer como un plomo, en el único sofá que me dejaron de lo que un día fue mi casa, tan llena de cosas y sueños. Pero tengo mi sofá y en él dormiré la siesta, y soñaré con manzanas, y el mundo por un ratito volverá a ser un lugar amable y habrá un recoveco donde resguardarse.

Demasiado juego de nostalgias, seguro que esconde una bomba debajo.

Y se sentó, se dejó caer, y estalló por los aires con su sofá y lo poco que le quedaba de inocencia.

Y, cómo no, rezar, y más ahora, más que nunca, para intentar comprender o, al menos, dejar salir la ira, y el miedo, y todo lo que no pudimos llorar en su momento.

Cuidado, juegan con tus temores, ten cuidado de que no haya bomba debajo, así que no le reces a tu dios, rézale al del vecino, que para el caso te sirve igual y seguro que allí no hay bomba y puedes soltar tus plegarias con más tranquilidad.

Nunca merodees alrededor de una mezquita en tierra pagana ni de una iglesia en tierra de infieles. Puedes estallar sin llegar a entender nada.

Lo hizo. Se equivocó de dios, se equivocó de plegaria, y estalló.

Y tener que enterrar al padre, hijos de puta, a mi padre, hijos de puta, mi padre.

Cuidado con la dignidad, que esa sí que siempre tiene bombas debajo.

«Hijos de puta, mi padre...».

No pudo enterrarlo, ni moverlo. Tuvo que dejarlo allí, al sol, viendo cómo los pájaros daban buena cuenta de él, de lo que quedaba de él. Ni tierra pudo echarle

encima de tanto temor que tenía prendido entre los pulmones.

«Hijos de puta..., mi padre».

Y no estalló, pero eso que le queda.

¡Písala! ¡Písala!

El grito de B. me sacó del letargo.

—Pero qué asco. Qué dices, hombre.

—Písala, coño, que es una trampa. Quieren que te echas a la cuneta. Písala.

A veces es bueno tener cerca a alguien que piensa de más y en sitios como este, incluso a alguien como B., obsesivo, rayando en lo paranoico. No le di más vueltas. La pisé.

La pisé. Y algo blando se deshizo bajo las ruedas, y todo lo putrefacto del mundo parecía estar contenido allí. Un hedor tibio invadió mi cabeza.

Tal vez hubiera una trampa, tal vez no. En cualquier caso, de haber una bomba, ¿dónde se escondía esta vez?, ¿debajo de qué? Debajo de mi repugnancia. Se me torció el gesto.

B. sonrió satisfecho y señaló con un gesto la carretera que teníamos por delante.

—Venga, dale, que no es para tanto.

Me molestó su desdén.

B. era un tipo rotundo, rotundo en sus afirmaciones y en sus gestos, en su forma de mover las manos. Pero lo que tenía de rotundo lo tenía de inconsecuente, se le iba la fuerza por la boca como a tantos otros y luego no quedaba nada o casi nada. Su rastro a veces solo era humo.

¿Por qué había venido hasta aquí? ¿Qué buscaba él en todo esto? Nunca llegamos a tener esa charla y es raro, porque hablar de quimeras y fantasmas en un sitio así es algo que no suele faltar. Aquí faltó.

Nos pusieron juntos al principio de todo, en aquello que se dio en llamar unidades de no sé qué cosa de transición pacífica, y nos lanzaron a la vorágine, a esta locura en la que flotamos desde entonces.

B. era un buen tipo y yo le había cogido cariño, aunque en el fondo tuviera la impresión de que no era más que un burgués que seguía el guion. Le faltaba frescura, descaro, ese toque de inconsciencia que da magia a los malabares... algo. Nadaba y guardaba la ropa y a veces ni siquiera nadaba.

Pero ¿por qué medirlo? Era mi compañero, compartíamos risas y penas y el día a día de un tiempo difícil, y eso era más que suficiente. Eso tiene más energía que muchas otras cosas. Los equipos son más que la suma de los componentes. Los equipos son fuerza, la fuerza del codo con codo, que es poderosa como pocas. Ahora lo sé.

B. era el tipo que estaba donde terminaba mi codo y por eso lo quería entonces. Por eso aún lo quiero. Aunque no supiera nadar. Aunque solo fuera humo.

### III

Olor a podrido. Madera, cuerpos, almas, qué más da. Un día estuvieron vivos y hoy están muertos, están podridos. Y así huele el pueblito de ensueño, de Hansel y Gretel, de casita de chocolate, de tejados picudos rompiendo un horizonte irregular y verde. Tan bonito, pura armonía desde lo alto de la colina, tan sucio y triste desde aquí abajo.

Los tanques habían destrozado el adoquinado y por ahí se había colado el barro y, con él, la miseria. Toda la calle era un resto, un haber sido. Igual que la gente que vagaba de un lado para otro.

La tienda, cuatro paredes desconchadas que sostenían con dificultad un resto de uralita, estaba al fondo del barrizal. Era uno de esos sitios donde se puede encontrar de todo y a alguien con quien charlar o pasar un rato en silencio. El mostrador se encontraba en la zona de penumbra, pero algún rayo de sol filtrado dejaba entrever la mugre que lo cubría todo. Aún no habían tenido tiempo de limpiar, de volver a poner las cosas en orden. Probablemente ellos también acababan de regresar.

Al acercarme pisé algo blando. No quise saber.

El tendero se mostró inquisidor.

—¿Cuerda, dice? ¿Y para qué?

Le conté, aunque con reservas.

—Y, ¿no será rubio el tipo? —preguntó—. Porque si es así, mejor déjelo, que bien está pudriéndose.

Parapetado detrás del mostrador el hombre se sentía seguro y dejaba escapar su ira a trompicones. Los amigos le rieron la gracia y se creció.

—Algo haría para que lo pusieran en remojo. Seguro que un santo no era.

Me sentía incómodo. No quería tomar partido, no quería hacer comentarios, no quería saber. Solo quería hacer mi trabajo sin salir corriendo, solo quería levantarme algún día sin ganas de echar a correr. Pero ¿cómo explicárselo a estos tipos? Solo me quedaba seguir allí aguantando el tirón cuando una voz aguardentosa, de hombre mayor, salió en mi defensa.

—Dale la cuerda, hombre, ¿no ves que si no lo sacan el pueblo no va a tener agua? Además, ¿qué coño importa de dónde sea el tipo? Está muerto y basta. Siempre la misma historia...

El viejo debía de ser de respeto, así que el del mostrador se achicó y cambió el tono.

—Bueno, ¿cuántos metros le pongo?

Hice un cálculo rápido y contesté casi con un susurro:

—Con cuarenta creo que tendremos suficiente, gracias.

Se hizo un silencio incómodo. El tipo rebuscaba debajo del mostrador. Probablemente también se sentía molesto. Los comentarios habían cesado y el aire estaba tenso. Sentí que me convertía en sumidero de todas las miradas pero jugué a ignorarlo. De pronto, desde una esquina, un individuo enjuto se levantó y echó a andar hacia mí. Me sobresalté. No quería problemas, así que retrocedí un poco para poner distancia o quizá ya solo por la costumbre, pero el gesto estuvo de más porque los pocos rayos de sol que se filtraban por el resto de cristal que aún quedaba en el ventanuco hicieron un juego de luces sobre su cara y lo reconocí.

—Así que ahora te dedicas a la pesca, extranjero —socarroneó, y entonces también reconocí la voz aguardentosa que había intercedido por mí.

Era él, el tipo de entonces, aunque de entonces no hiciera tanto tiempo, aunque de entonces hiciera una eternidad. Osman, el cuentacuentos.

—Osman, coño, volvemos a vernos.

—Así es, extranjero. El rey cae derrotado, pero desde el suelo aún puede hacerle un guiño al peón que se burla detrás de los caballos.

## IV

Los reencuentros, no importa demasiado dónde o con quién, son casi siempre iguales. Se tiñen de un afán por recuperar los cabos de unos hilos ya rotos, y eso rara vez funciona. Generalmente falta uno de los cabos, porque se ha perdido o ha cambiado de color o no sé. La mayoría de las veces lo único que conseguimos es hacernos daño y de paso alimentar un poco la nostalgia, pero otras, y estas son las menos, recuperamos la magia porque la magia siempre estuvo allí.

El reencontrarme con Osman tenía un poco de ambos sentimientos. Nostalgia y magia. No sabría decir cuál de los dos me enganchaba más.

El recuerdo de Osman comenzaba al otro lado de la montaña. Venía del tiempo en que la guerra era aún algo nombrado, algo palpable, algo a lo que temer y con razón, y no como ahora, que dicen que ha terminado cuando no es así, y es aún peor porque no se puede hablar de ella, como si no existiera, como si su mención solo fuera producto de una paranoia colectiva. Menuda mierda.

Entonces estábamos al otro lado de la montaña agrupados como corderos y esparcidos en manadas por los verdes prados balcánicos que aún seguían en paz. Refugiados es el nombre técnico, pero la cosa viene a ser como estar en casa del vecino pretendiendo que en la tuya no pasa nada cuando en realidad de tu casa probablemente ya no quede más que un montón de escombros y unas cuantas cenizas resistiéndose a que el viento se las lleve lejos, donde no duelan.

Éramos un error, el resultado en contra que nadie quisiera ser, la parte vergonzante de algo equívoco. Pero a los ojos de los demás éramos políticamente correctos, éramos refugiados en un campo de refugiados. Es decir, las cosas en su sitio.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasamos allí pero yo diría que no fue mucho, desde luego no mucho en un calendario. No fueron tantos los dedos que contaron los días, sin embargo fue largo en el alma, quizá demasiado.

El hombre que ha perdido su casa, su tierra y su dignidad, vive despacio y sus días parecen no transcurrir.

Me reencontré con Osman y me revolví por dentro, pero a él no pareció alterarle lo más mínimo. Parecía tranquilo y casi diría que encantado de vernos por allí.

—La verdad es que esto ha sido una suerte. Aprovecho y me subo con vosotros. Estoy buscando a un amigo y quiero preguntar en el pueblo de arriba a ver si saben algo de él. Las malas noticias vuelan, pero no tanto cuando los caminos están minados; la gente procura quedarse en casa y moverse poco —añadió con un guiño y

ya solo para mí—: Además, si quieres, extranjero, podemos jugar otra partida. Recuerda, aún tenemos té y mucho que contar...

Me sonreí y asentí ladeando la cabeza. No hacía falta decir que era bienvenido.

## V

A Osman lo conocí una tarde en que paseaba, con el sol ya bajo, por la vereda que había entre las treinta y cinco mil tiendas que formaban aquel mar azul y estático, aquel bullicio de idas y venidas en medio de las verdes montañas macedónicas que meses antes solo eran paz y vacas, aquel mundo que ahora se me hace tan lejano, aquel valle triste.

Osman era pequeño, enjuto, con unos ojos de almendra que al mirar contaban cosas. Con los años justos que te convierten en un tipo respetado, de los que no tienen nunca que levantarse para ir a buscar un té porque siempre hay alguien que se lo acerca, de los que pueden preguntar cualquier cosa y hacerte sentir en la obligación de contestar.

Yo vagaba por allí con la cara llena de dudas y con los andares propios del que no está en su territorio. Esos pasos cortos y arrítmicos que siempre me ha molestado tanto tener y que tan rápido me delatan cuando no piso sobre seguro.

Soy el típico individuo que no se maneja bien en arenas movedizas, aunque sé que nunca seré capaz de admitirlo.

Yo vagaba por allí y, por esas cosas del azar, Osman me vio.

—¿Quieres un té? —Y era su voz profunda y aguardentosa—. ¿Juegas ajedrez?

—Sí —balbuceé, contestando a ambas cosas.

No dijo más. Con un dedo sarmentoso señaló un tablero de ajedrez colocado sobre una mesa de madera hecha con cuatro tablones que apenas levantaba un palmo del suelo. Un gesto bastó para indicar que debía sentarme y, sin dirigirme la mirada, comenzó a alinear las piezas con la destreza del que ha repetido esos movimientos mil veces.

Al cabo, llegó el té. Té turco, bien servido en pequeños vasos de vidrio de esos que hay que coger con dos dedos para no quemarse. Todo en su sitio, como marcan las buenas costumbres. Miré a mi alrededor preguntándome de dónde vendría todo aquello. Solo había polvo y tristezas. La mujer que nos sirvió se marchó sin levantar la mirada. Supuse que eso también formaba parte de las buenas costumbres.

Estaban las piezas colocadas y de pronto el tablero con todos sus personajes pareció cobrar vida.

Caballos que saltan por encima de torres, torres que se arrastran como reptiles, peones que de puro no ser lo llenan todo de peligros. Una promesa de batalla.

Empecé yo. Él movía despacio. Se tomaba su tiempo. Bebía el té con calma, a sorbos cortos.

—Bueno, dime. ¿Qué es lo que te inquieta? ¿Qué quieres saber?

Me resultó inoportuno. De pronto toda mi cabeza estaba llena de ajedrez y en ese momento no quería hablar de nada ajeno al tablero.

Miraba mi torre y creía sentir su estremecimiento, miraba su caballo amenazando, su caballo atacando mi torre y la pobre que, pedregosa, no podía saltar por encima de nadie y que sin duda sabía que la iban a destrozar.

Debió de percibir mi angustia y cesó su acoso.

Me sentí más relajado y olvidé por un momento el tablero volviéndome hacia su pregunta.

—Pues, para ser sinceros, no tengo muy claro si quiero entender esto o no. Tal vez sea mejor no hacerlo y dejarlo así, como una locura sin más, sin darle más vueltas. Puede que sea más fácil de manejar.

Meneó la cabeza. No sé si con desaprobación. Era un gesto confuso. Como todo lo que me envolvía. Tomó aire, movió un peón que de nuevo me hizo sentir la sensación de amenaza y comenzó, con un hilo de voz, un relato que habría de durar toda aquella tarde de té y ajedrez:

—Hace ya tantos años que la memoria me falla. Sin embargo, creo que puedo decir que nunca hemos vivido juntos. Cerca sí. Incluso en las mismas casas. Pero nunca juntos. Nunca hemos sido hermanos. Siempre hubo algo que nos separó, algo que a veces fueron más que sentimientos. Cuando quisimos darnos cuenta, había demasiada sangre de por medio.

Y todo el mundo sabe que las manchas de sangre se limpian mal.

De pronto sus palabras empezaron a diluirse y la historia comenzó a sonar como ruido de lluvia. De nuevo me sentía acosado. Ahora era el alfil el que amenazaba a mi caballo, que en medio de aquel combate parecía más un percherón. «Saltar, tengo que saltar, por encima de las torres y de los peones traidores, por encima de esta conjura que me hace sudar».

Debió de notar que ya no le prestaba atención y cesó su acoso con un rápido movimiento de retirada. Respiró largo y cansado. El suspiro de quien empieza a estar un poco harto de jugar con un pequeño paranoico. Cuando tuvo de nuevo mi atención, prosiguió.

—De niño tenía un amigo. Íbamos juntos a la escuela y cada día al regresar a casa robábamos higos del huerto de mi tío Yashar. No era de los nuestros, pero nunca me importó. A él tampoco le importó que yo fuera tan moreno. Vivía dos casas más allá de la mía. Y tenía una hermana... con los ojos de lluvia. —Y al decirlo sus palabras parecieron quedarse suspendidas. Después tomó aire y continuó, pero con una cierta desgana, como cansado de escucharse a sí mismo, cansado del final—. Este invierno, cuando la policía vino a echarnos de casa, cuando mataron al ganado y le prendieron fuego a todo, él estaba en la puerta de su casa, mirando, en silencio. —Una mueca le torció el gesto—. Cuando nos marchamos de allí lo miré, le miré a los ojos a través

de las lágrimas que empañaban los míos. No vi ninguna lágrima en aquellos ojos. Ahora estamos aquí, esperando, recordando, llenándonos de rencor, pero volveremos a nuestra tierra. Volveremos, y allí ahora solo hay sitio para unos. Alguien tendrá que marchar.

Hizo una pausa. Parecía cansado. Se frotó la cara como un chiquillo, terminó de sorber lo que aún le quedaba del té y creo que decidió que por el momento ya me había contado suficiente.

Cogió su caballo con dos dedos y saltó por encima de todos mis planes de ataque. Se posó como una nave interplanetaria entre mis dos agazapados peones dejando al rey sin posibilidad de huida y, con los mismos dos dedos, le dio un pescozón que lo hizo caer como un plomo arrastrando en su caída a los peones que pretendían custodiarlo.

Levantó la mirada. Me sonrió y, bajando los ojos, comenzó a recoger las piezas con escrupuloso orden.

—Bueno, extranjero. Si quieres saber más, mañana estaré aquí a la misma hora, con las piezas dispuestas.

No tenía muy claro si de verdad quería saber de todas aquellas historias que no hacían más que entristecerme.

No sabía si quería saber, pero mañana seguro que volvería. Solo por el placer de ver esa sonrisa al desplomarse mi rey, solo por el té y la compañía.

## VI

De regreso al pueblo íbamos subiendo por un camino que se hacía más sinuoso a medida que se empinaba. El Range Rover renqueaba y yo, perdido en estos recuerdos y adormecido por el traqueteo, no me di cuenta de que nos acercábamos a un control de carretera. Una tanqueta de camuflaje de las fuerzas especiales atravesaba y cortaba el camino. Un tipo alto, rubio, sanote, camuflado como la tanqueta e indistinguible del resto de los tipos que le acompañaban, igual de altos y de rubios y de sanotes, nos pidió los papeles con una cierta vehemencia. Preguntó qué hacíamos circulando por allí y, sin esperar respuesta, pasó a informarnos punto por punto de la situación.

Uno: prácticamente todos los caminos del valle estaban minados y la gran mayoría aún sin señalizar. Debíamos andarnos con mucho, mucho, mucho cuidado. Hizo entonces un profundo punto y aparte que aprovechó para tomar aire y se dispuso a continuar.

Cruzamos las miradas sin decir nada. Sonreímos.

Dos: había toque de queda. A partir de las diez no se podía circular bajo ningún concepto. De nuevo una pausa similar a la anterior, como de redoble de circo. Volvimos a sonreír. En el fondo agradecíamos su candor, era una forma de quitarle importancia a las cosas aunque no fuera esta su intención. El tipo probablemente se sentía cargado de información y razones y debía de sentir que nos abría los ojos a un mundo desconocido, y era una lástima que no fuese así, pues eso implicaría que también a nosotros nos quedaba algo de candor. Tampoco era así. Desde hacía tiempo. A veces incluso dolía.

Después, con el mismo tono paternal, explicó que el motivo de su presencia era tratar de disminuir los incendios de la zona.

—Queman las casas de los que antes quemaron las suyas, pero el invierno no está lejos y al final no van a tener cobijo de ningún tipo. Proteger las pocas viviendas que quedan en pie es parte del plan de hibernación. —Y subrayó hibernación como si le costara trabajo pronunciarlo.

—Igual es que les pesa más la ira que el sentido práctico de la vida. —El tipo rubio no pareció entender mi comentario—. Igual es que prefieren pasar el invierno al raso que tener que vivir bajo lo que fue el techo de sus enemigos, desde donde planeaban sus miserias.

Definitivamente, el tipo rubio no entendía nada, así que prosiguió.

—El invierno aquí es muy frío. No sé si pueden permitirse esos lujos. —Entonces levantó la vista y exclamó—: ¡Mirad, allí hay otra! —Y al decirlo señaló una columna de humo blanco que ascendía en mitad de la montaña. Osman me guiñó un ojo y supe bien por qué.

Las casas al arder echan humo negro. El humo blanco suele ser basura, o rastrojos, o simplemente hogueras para calentarse. El humo habla en la distancia, el humo de una casa ardiendo es negro como la intención que lo provoca, es la combustión de los tejados o del aislamiento, o no sé bien qué, pero es inconfundible, y así el paisaje está plagado de columnas negras que suben y rompen aún más esa ausencia de horizonte.

Sin embargo esa columna era blanca. El tipo sanote parecía no tener suerte con ninguno de sus comentarios. Era blanca y era basura y nosotros lo sabíamos.

Volvimos a sonreír, nos despedimos agradeciendo la información y comenzamos a subir por el camino que cada vez resultaba más sinuoso, quizá porque el día había sido largo y empezaba a pesar.

No saben dónde están, no saben a qué juegan. Van por el mundo con su ropa verde, sus camuflajes, sus cascos y sus juguetes y el mundo todo les resulta igual porque siempre duermen en las mismas tiendas verdes, rodeados de los mismos sacos terreros y comiendo la misma comida en lata que se calienta sin tener que echarla a la cazuela, pues basta con romper un plástico para que el fondo de la lata haga combustión y «ya están las lentejas calientes».

Y oyen tiros, muchos, y de distintos colores, y no saben bien de dónde vienen ni adónde van, pero no importa, no quieren saber más, porque los tiros suenan siempre igual y, además, «para qué averiguar nada si mañana estaremos en otro sitio, comiendo comida en lata sin tener que calentarla y echando de menos las cosas de siempre».

Porque siempre, no importa dónde estés, hay algo que echar de menos.

## VII

Subiendo, el cielo empezó a nublarse con vehemencia. Se comenzaron a ver los rayos de una tormenta próxima y al llegar al pueblo ya casi no quedaba luz.

El día había sido largo y empezaba a pesar.

—Vamos a tener que pasar aquí la noche. La tormenta ha oscurecido todo y no me parece buena idea conducir así por estos caminos.

A veces hasta yo me sorprendía de mi sentido común.

Dardan se apresuró en buscar solución:

—He visto un cobertizo a la entrada del pueblo que aún conserva el tejado y hay sacos y esteras en la parte de atrás del coche. Esperadme allí, voy a ver si consigo algo más de abrigo.

Dardan era del valle, lo que se suele conocer como «un tipo de aquí de toda la vida». Hacía tiempo que nos acompañaba echando una mano con casi todo y haciendo las veces de traductor. Era buen tipo, poco hablador, pero buen tipo. Miraba de frente, que ya es mucho decir.

Había sido una suerte encontrarlo, aunque a veces me pregunto quién encontró a quién en aquellos días de confusión y humo, cuando aún duraba la resaca del horror que termina y la fiesta que le sigue, cuando aún estaba todo demasiado fresco, demasiado dolorido. Tiempos difíciles, desnortados, días de niebla, como todavía hoy en mi memoria, en la memoria de muchos.

Fue en Dusanovo, un pueblito de montaña parecido a tantos. Porque aquí los pueblos, de puro parecerse, terminan siendo el mismo, con el mismo aire espeso y lleno de renuncias, con el mismo entusiasmo mínimo, con la misma falta de calor.

Entonces formábamos parte de una de esas brigadas de reubicación que andaban recogiendo tipos que amanecían en el lugar inadecuado, es decir, enemigos en tierras de amigos o amigos en tierras de otros. Después de la resaca vendría ese tiempo mudo de los ajustes de cuentas y mucha gente no parecía querer ser consciente.

Recogíamos viejos, también a algún otro, pero sobre todo viejos. Sus familias, movidas por el temor, se habían marchado hacia el norte dejando al abuelo vigilando la casa, el campo, el ganado, lo poco que quedaba. «Al abuelo no le harán nada. No es más que un viejo y es de aquí, de toda la vida, todos le conocen, siempre ha sido un buen hombre. Además, nosotros no hemos tenido culpa de esta locura. No. El abuelo siempre ha sido un buen vecino y seguro que no le harán nada». Pero el abuelo, ese y otros muchos, tuvieron que salir por pies en cuanto pasó la resaca, en cuanto volvieron los otros, los que regresaban a casa desde el otro lado de la montaña, cargados como estaban de resentimiento.

No recuerdo cuántos viejos recogimos, ni de cuántos pueblos, probablemente

demasiados. Fueron días de prisa y lluvia, y de barro en las ruedas cuando necesitas correr, y quizá por eso no he conseguido colocarlo en mi cabeza. Pero recuerdo bien Dusanovo.

Allí conocimos a Dardan. Allí no quedaban ya viejos para recoger.

—¿Tipos rubios por aquí, dice? Sí, había unos cuantos, pero hace unos días. Llegan un poco tarde. ¿Que qué pasó? Mire, extranjero, no haga tantas preguntas, a ver si vamos a tener problemas. Ya no hay viejos por aquí y punto. Siga su camino, no se meta en los asuntos que no entiende.

Dardan estaba allí, apoyado en un quicio, liando unas hebras de tabaco reseco. Oyó la conversación y creo que sintió vergüenza y por eso se ofreció a echarnos una mano, aunque puede que solo fuera por la tristeza. La tristeza y las ganas de salir de allí, de este valle que aún hoy nos atrapa con una excusa u otra, con la misma niebla.

Aquellos días de limpieza, de ajustes de cuentas, no duraron mucho. Todo transcurrió en un tiempo breve, como un reguero de pólvora que arde rápido y no deja rastro. Entonces no sabíamos que lo que no pudiéramos hacer en aquella primera oleada de prisa ya se quedaría sin hacer para siempre, la lluvia borraría las huellas y nunca se volvería a mencionar.

Dardan se vino con nosotros, Dusanovo se quedó allí, gris, miserable. ¿Quién querría vivir en un sitio así? Dardan sabía que él no. No quería ser parte de ninguna parte, y no por falta de razones. No quería ser parte y basta. No era capaz de manejarlo.

## VIII

Era ya bien entrada la noche cuando Dardan regresó con algo de leña y unas mantas de alguien a quien le sobraban. Eso sí que es una cosa buena de las tele-guerras, o guerras-piloto, o lo que sean. Se habla de ellas y todo el mundo manda mantas. Muchas. Casi todas duras y grises, modelo refugiado, pero hay también quien las reparte de colores, tejidas por madres y abuelas que a miles de kilómetros de distancia cubren así su necesidad de echar una mano para poder luego acostarse más tranquilas. Como si una manta de retales de colores bastara para parchear tanta cantidad de indiferencia.

Las mantas que trajo Dardan eran grises y duras, modelo refugiado. Nos arropamos todos debajo y nos invadió esa sensación adolescente de campamento y hoguera, de dormir unos junto a otros para agujerear el miedo que da el descubrir que, en el fondo, esta perra vida hay que vivirla solo.

La sensación duró poco. No podía dormir. Osman tampoco. Le oía respirar sin ritmo. Busqué su conversación.

—¿Tú crees que sería de por aquí?

—¿Quién? ¿El tipo del pozo? —continuó sin esperar respuesta—. Seguro que sí. ¿Quién querría andar por ahí acarreando cadáveres? No tiene sentido. Es siempre mejor dejar al muerto en su tierra, así hace más daño. Seguro que este era de por aquí. Es más, si me apuras, seguro que los del pueblo le conocen. —Se quedó un rato pensativo y añadió—: Puede que hasta yo lo conozca..., que sea un amigo...

Lo dejó caer y me sorprendió su tono opaco, su falta de brillo, su calma.

—¿Quieres decir que igual es el tipo que andas buscando?

No contestó. Me dejó un buen rato en silencio con ese pensamiento rondando. Al cabo dijo:

—En cualquier caso está muerto, y ya no es nada. ¡Qué más da! Puede que fuera mi amigo, pero ahora ya no es nada. También puede que fuera un ladrón, o un poeta o un tipo que criaba conejos..., o un mezquino, o un hombre gris..., o un agitador, o un conforme..., qué más da. Está muerto y ya no es nada.

—Es verdad, ya no es nada. —Me quedé un rato rumiando—. Sabes, a veces pienso que lo peor de un muerto no es lo que deja de ser, sino lo que podría haber sido. La cantidad de besos que ya no va a poder dar y la cantidad de gente que se va a quedar sin esos besos. Las lunas de agosto y las siestas con chicharras que ya nunca serán. Y las tormentas y el olor a tierra mojada y las pizzas tres quesos y los vasos de leche caliente después de un mal día. Y los cortes de manga a tiempo. Y las risas a destiempo. Tantas y tantas cosas que una vez muerto se reducen a nada, que ya nunca

serán.

Eso es lo terrible. Cuando matas a alguien matas mucho más que lo que ha sido, matas su posibilidad de ser, de sentir, de hacer sentir. No le quitas solo a él, se lo quitas a esos otros que ya no serán nunca parte de ese posible.

—Sí, pero también puede que fuera un hijoputa, o un mezquino, o no sé..., un hombre miserable. Igual se merecía acabar en el fondo del pozo.

Era B., que se había despertado con la charla y trataba de hacer su aportación, inapropiada, como casi siempre. Le repliqué:

—No digas gilipolleces, hombre. ¿Qué pasa? ¿Tenemos la noche de Capitán Justicia?

—Vale, perdona. —Lo bueno de B. era eso, que no resultaba nada firme con sus rotundidades; parecían más una pose que un sentimiento—. Yo qué sé. —Mejor habría sido que no hubiera dicho nada y hubiese seguido haciendo como que dormía.

Osman, que se había quedado pensativo, volvió a la carga.

—Sabes, me gusta esa teoría tuya de los posibles.

Se hizo otra vez un silencio largo, pero ninguno de los dos conseguimos dejar entrar al sueño. Nos pesaban demasiadas cosas y el respirar entrecortado nos delataba. Fue Osman de nuevo el que lo rompió.

—¿Tú crees que este sería un hijoputa?

—No sé. Probablemente no. Sería un tipo normal que solo estaba donde no debía en el momento más inoportuno. Suele ser el resumen de la mayoría de estas historias.

—Puede ser...

Yo insistía en arroparme en busca del sueño, pero Osman no parecía dispuesto a callar.

—¿Te acuerdas de la vieja Rahida? —Hizo una pausa—. Aquella que escapó por el río.

Me revolvió los recuerdos. Rahida... Cómo olvidarla... Había pasado ya un tiempo, pero aún tenía sus ojos clavados en la memoria. Esos ojos de fuego que repetían: «No me atraparon, me escapé por el río. Vinieron por mí de noche pero les oí llegar y escapé. Por el río».

Debía de rondar los noventa y el río entonces estaba de invernada, pero contaba que escapó por él y probablemente fuera verdad. Y al contar se llenaba de orgullo y rabia, o solo de orgullo.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—Era de por aquí. Yo la conocía desde niño. Murió al poco de volver. Neumonía, parece. Su familia fue de las primeras en regresar.

—Pobre vieja. No pudo con ella el río, ni la policía, ni el dormir escondida en los bosques durante tantos meses, y vino a matarla un mal catarro. Qué asco de vida.

—Al menos murió en casa. Volvió a su tierra. Como quería. Si no, en vez del catarro la habría matado la melancolía.

—En cualquier caso, qué asco de vida.

Nos quedamos un buen rato en silencio escuchándonos respirar. Teníamos los ojos de la vieja clavados en la memoria y esa voz aguardentosa repitiendo: «Me escapé..., no pudieron cogerme... Me escapé por el río».

Finalmente el sueño me pudo. Supongo que a Osman también.

Hace unos meses, al otro lado de la montaña, dormíamos arrullados por el ruido de los bombarderos. Nos pasaban por encima pero nunca llegamos a verlos. Volaban siempre sin luces. Eran solo un ruido, un rastro. Pero así es la guerra. Te matan y no sabes por dónde vienen las balas. Probablemente tampoco importa.

Cada noche cruzaban la montaña, en escuadrillas, y al rato empezaba el tamborileo. Bumm, bumm... Bumm. Sin ritmo. Y vaya usted a saber qué o a quién estarían pulverizando.

Después los oíamos regresar, pero solo eso, tampoco entonces se dejaban ver.

Y nosotros allí, panza arriba, mirando un cielo sin estrellas, dejándonos bañar del cansancio de noche y pidiendo un deseo con cada bombardero que pasaba, como si fueran estrellas fugaces. Las que le faltaban a la noche, las que nos faltaban a nosotros.

Un buen deseo con cada uno de ellos, porque, quién sabe, en un mundo de locos, bien podría ser esta la nueva forma de encargar los sueños.

Desde que no hay ruido es peor. No puedo dormir.

## IX

Me despertó a medianoche el canto de un gallo. La noche estaba cuajada de estrellas y sonidos, pero algo dentro del cobertizo rompía esa calma de burbuja.

Era B., que no podía dormir y resoplaba bajo la manta. Daba la impresión de que en el fondo lo que trataba de hacer era llorar. Aprovechar la intimidad que da lo oscuro y el saber que todos duermen y dejar escapar las lágrimas. Solo conseguía resoplar y mezclar su resoplar con quejidos.

B. era un tipo demasiado tozudo como para dejarse llorar en paz.

Osman se había despertado y también lo oyó. Trató de ser paternal.

—No llores, hombre. Ahora que las cosas empiezan a ir mejor...

—No estoy llorando —replicó como un niño pillado en un renuncio—. Y no sé cómo puedes llamar a esto «ir mejor». —Hizo una pausa, respiró hondo y bajó la guardia—. Quiero volver a casa. Todo me pesa. Me he cansado del juego.

Osman no le dio tiempo a continuar.

—¿Y quién dijo que fuera un juego? —Definitivamente sonaba paternal—. Anda, ven, arrímate a la lumbre que te voy a contar un cuento para que veas que las cosas van un poco mejor.

Agucé el oído. Yo también estaba necesitando un cuento, yo también necesitaba saber que las cosas iban mejor.

—Hace tiempo conocí a un tipo llamado Samuel que me enseñó a atarles el gatzate a los pollos y a los gallos para que no pudieran cantar. Fue justo antes de la guerra, cuando la policía andaba de redadas por el valle. Mucha gente entonces marchó a vivir a los bosques, escondida. Tenían que comer, y por eso se llevaban alguna gallina o algún ganso para podérselos zampar si la policía les cortaba el paso muchos días y el hambre apretaba de más. La policía sabía de esto y esperaban a escuchar el alboroto de las aves en el silencio de la noche o de la amanecida para localizar a los escondidos. Amordazar a un ave puede parecer sencillo, pero no lo es. Si no colocas la mordaza en el sitio preciso el bicho no calla, y si aprietas de más el bicho se ahoga. Hacerlo bien es todo un arte y Samuel era el artista. Y a esa tontería le debe la vida mucha gente, mucha. A mí me enseñó a colocar los alambres y siempre se lo agradeceré, no solo por el placer que da el aprender un arte furtivo, sino porque con ello me ayudó a recuperar la confianza, a sentirme dueño de mi suerte, más seguro y más fuerte. Vivo, furtivo y malandrín. La operación consistía en colocar un alambre en el gatzate y, una vez hecho esto, hacer tragar al bicho un grano de maíz, que era lo que daba la medida del equilibrio. El tamaño del grano marcaba la distancia entre su vida y la nuestra. Un agujero más pequeño y moría él, ahogado. Un agujero más

grande y moríamos nosotros, delatados por su canto.

—Y ¿qué ha sido de él?

—No lo sé, es el tipo que ando buscando, no era de por aquí y temo que esté metido en problemas. Tengo que encontrarlo. Le debo una.

B. se crispó de nuevo.

—Cojonudo. ¿Me estás contando que igual lo han matado porque era distinto? ¿Qué cojones es lo que va mejor?

—Qué joven y qué tonto eres. ¿Qué es lo que te ha despertado? ¿No ha sido acaso un gallo? Pues eso. Anda, duérmete ya y a ver quién te despierta mañana.

Después de decir esto Osman se acurrucó bajo su manta dando la espalda al pobre B., que aún no había terminado de comprender el cuento. Definitivamente, Osman era mi cuentacuentos. Yo también me quedé dormido.

A la mañana siguiente me despertó de nuevo el canto del gallo, y fue todo un placer.

## X

Amaneció despacio y me invadió una sensación de paz. La misma que me invadía al otro lado de la montaña, la misma que me impulsó a cruzar la frontera y venir hasta aquí; para dejar las cosas en orden, en su sitio, en esa paz.

Esos amaneceres de algodón que tanto me gustaban, con la niebla enganchada en las lonas de las tiendas, tapando el desastre, tapando nuestra parte de culpa, tapando a fin de cuentas y tal vez solo por puro pudor.

Entonces era la paz antes del alboroto.

También ahora.

Y de pronto tembló la tierra. Primero de un modo breve pero luego cada vez con más intensidad, hasta que por detrás de los árboles que marcaban la entrada del camino apareció un tanque como una oruga prehistórica.

Un tanque de asalto verde camuflaje con un tipo del mismo verde subido en la torreta mirando nervioso alrededor.

Se detuvo en medio del barrizal y el tipo escudriñó cuidadoso sus cuatro flancos, más nervioso aún si cabe.

Finalmente, le debió de parecer que todo estaba en orden y dio una voz hacia el interior. De una portezuela lateral comenzaron a salir tipos casi clónicos a él, que se desperdigaron rápido, con gestos aprendidos en alguna película barata de acción de esas de buenos y malos, de héroes y villanos, ocupando posiciones estratégicas alrededor mientras nosotros observábamos la escena con los ojos grandes como platos, de ese tamaño justo que da la combinación de sorpresa, estupor y madrugón.

El que parecía ser el jefe se quedó un rato estudiándonos desde lejos. Finalmente se acercó y en palabras parcas preguntó por la presencia de francotiradores.

Tratamos de ser amables, a pesar de todo.

—No hay. Llevamos aquí desde ayer y no hemos oído nada.

—Además, de haber algún peligro, la gente nos habría advertido.

Y era cierto, la gente lo habría hecho. Siempre te avisan. Es su forma de agradecer. Sin embargo, el tipo que parecía ser el jefe nos miró con incredulidad, con la burla asomando por el extremo de su boca entreabierta, de su media sonrisa.

No pareció quedar muy satisfecho. Sospechaba, se sentía inseguro. Y es curioso cómo las preocupaciones se focalizan y depende del día que tengas, o del mal día que tuviste ayer, o del color de tu uniforme, o del de tu pelo, o de banalidades así para que te inquieten unas cosas u otras. Y así a unos les preocupa que les vuelen la cabeza mientras que a otros lo que les preocupa es que les vuelen el culo; a unos les preocupan los francotiradores, a otros las minas y otros hay que se pasean por ahí

como si nada ocurriera. Como si de verdad fuera primavera.

Supongo que todo será cuestión de dónde tengas localizada tu neurosis, pero a fin de cuentas qué más da; si te vuelan, te vuelan, y qué importa por dónde revienten si en el fondo lo que te está matando todos los días es esa permanente sensación de levedad.

Los tipos de verde camuflaje continuaron con su despliegue obsceno y su peculiar forma de avasallar, metiéndose por todas partes, con indecencia, curioseando impúdicos y con aire de importancia, y sin permiso, y sin ser invitados. Y husmearon todo lo husmeable, y se metieron en los establos, y en los gallineros, y en el camino de quien cruza la calle sin haber reparado en ellos a pesar del ruido, a pesar del tanque. Irrumpieron con un impudor absoluto, irrespetuoso, con sus fusiles obscenos de cañones obscenos y sus miradas claras de ojos azul sorpresa. ¿Y por qué será que las obscenidades, a plena luz del día, parecen más? Y al no encontrar nada empezaron a preguntar, como si no se dieran cuenta de que aquí nadie hablaba su lengua. O a lo mejor sí, a lo mejor sí que se habían dado cuenta de lo que estaban haciendo, y desde el principio. Igual hasta les parecía bien. Quién sabe.

Finalmente, al ver que no sacaban nada en claro con qué rellenar el expediente, se acercó de nuevo el tipo de la media sonrisa y nos pidió un traductor.

Dardan se prestó. Es un buen tipo y no ha permitido que la ira lo cale. Todavía consigue sorprenderme.

Con su ayuda hicieron unas cuantas preguntas más, fuera de contexto, fuera de lugar, fuera de todo, y finalmente volvieron a reagruparse y se prepararon para marchar.

El tipo burlón ya no necesitó acercarse para despedirse, ya no quería nada de nosotros, así que lo hizo desde lejos con apenas un gesto. Cortesía de manual.

Se metieron todos de nuevo en su tanque verde camuflaje y se fueron por donde habían venido, haciendo el mismo ruido, haciendo temblar la tierra igual que antes o peor, haciendo temblar el mundo y dejándonos a todos de nuevo en silencio, un poco más perplejos, un poco más cabreados, un poco más viejos a cada ratito que pasaba.

Dardan se encogió de hombros. Tras demasiado tiempo metido en el absurdo, estas cosas habían dejado de incomodarle.

Y el tanque se marchó por donde había venido y el valle volvió a ser de silencio y luz de lado.

Tanques y flores marcaron un día el fin de la guerra recorriendo unas calles llenas de gentío, de bullicio, de alboroto, donde el aire olía a comienzo, a despertar de un mal sueño, a salir por fin del despropósito.

Y hubo miles de flores y también miles de tanques, aunque estos fueron lo de menos por debajo de las flores y de los miedos ahuyentados y de la alegría gaseosa que lo llenaba todo.

Y la calle y el mundo ese día fueron una cúpula de flores voladoras. Y por debajo de ellas los tanques, con los soldados llenos de asombro asomados a sus torretas de juguete. Los niños soldado, los soldados niño que hoy juegan sin miedo y con la mirada llena de la sorpresa de quien no entiende muy bien el juego pero aun así quiere jugar, porque al final te tiran flores que vuelan en todas direcciones y que incluso rellenan el agujero oscuro del cañón que al principio parecía un juguete, pero que luego daba tanto miedo porque hacía ruido y hacía llorar. Y tú que solo querías hacer malabares y jugar a ser niño soldado. Pero hoy todo eso no importa porque el circo es de flores. Y son tantas que tapan el verde camuflaje. Y son tan reales que casi te hacen olvidar que los tanques duermen debajo.

Sin embargo, de aquella sensación de calma y orden no queda casi nada en este tiempo que llaman «de paz».

## XI

La mañana continuó con su ritmo pausado. Sin estridencias ni ecos.

Seguíamos empeñados en nuestras maniobras, en nuestros juegos. B. no participaba, parecía ausente. Me acerqué, casi paternal.

—¿Qué pasa, B.?

Se apresuró a responder. Tenía ganas de charla.

—Nada, estaba pensando... ¿Te acuerdas de los autobuses?

Claro que me acordaba. Aquellas interminables hileras de autobuses llenos de refugiados, aquellas orugas de luces, aquella procesión de miserias. Cómo cojones me iba a olvidar.

Era invierno, hacía frío y los traían así, a medianoche, como sardinas en lata, sin ropa casi, exhaustos, con hambre, con miedo en cada uno de los huesos, con incertidumbre algunos, otros solo con vacío. Y siempre a medianoche, «ningún traslado antes del anochecer» a pesar del frío, a pesar del invierno. Un intento del gobierno por esconder la realidad. La acogida de refugiados era una cuestión política, una medida impuesta pero impopular, y parecía que el trasladarlos de noche lo hacía todo más difuso, menos evidente. El tan conocido «ojos que no ven...».

Estábamos entonces a cargo de filtrar a los recién llegados. Buscar críos pequeños, viejos, gente que no pudiera pasar la noche al raso; meterlos a cubierto y darles pan y abrigo hasta que las cosas se organizaran, hasta que hubiera para todos. Un parche temporal pero que algo tapaba. Algo útil al cabo.

Armados con linternas, pasábamos la noche filtrando caras de susto, de sorpresa, de vacío; miradas deslumbradas, sacadas de un mal sueño; gente lanzada de golpe y sin consideración a su presente.

Un refugiado no tiene otro tiempo verbal. Sobrevive hoy, aquí y ahora. Todo incertidumbre, todo fútil.

—Cómo no acordarse, con el frío que pasamos.

—¿Y te acuerdas de la noche que murieron aquellos críos congelados?

—Me acuerdo. La linterna no fue capaz de verlos. Demasiada gente. Cosas que pasan.

—Ya, pues yo tenía la linterna aquella noche y tampoco fui capaz de verlos. Pero supongo que sí, que son cosas que pasan.

Noté cómo se quebraba, cómo le temblaba la voz, y quise decir algo.

—Bueno, podría haberle pasado a cualquiera. No te comas la cabeza por eso.

A veces perder pie es el principio de la escapada. No importa demasiado hacia dónde.

Quise decirle a B. muchas cosas, pero no supe hacerlo. Sabía cómo se sentía. Yo

también me había sentido así muchas veces, esa sensación de que por mucho que pelees las cosas se te escurren como agua entre los dedos, esa falta de consistencia que me acompañaba tan a menudo.

Quise decirle que las cosas pasan, y que no siempre todo depende de ti ni del interés que pongas. Es más, casi nunca dependen de ti. La mayoría de las veces es todo cuestión de puto azar, y te ves envuelto por las circunstancias, o las cosas te vienen grandes, o así. Las cosas suceden porque tienen su ritmo interno. Nosotros no cambiamos nada, es la vida la que nos va cambiando.

Sin embargo, solo fui capaz de decirle que no se comiera la cabeza.

—Venga, vamos a ver si acabamos con esto, que tengo ganas de salir de aquí. Dardan, baja a ver si puedes enganchar la cuerda en la cincha del tipo.

—Doble, ¿no? —Un tipo meticuloso.

—Sí, seguro que aguanta.

—Voy.

—Ponte el arnés, no sea que pase algo y luego no podamos sacarte a ti tampoco.

—Calla, coño, no seas cenizo.

Ya estaba el tipo preparado y Dardan listo para salir del pozo cuando aparecieron los observadores. Con el ajetreo no les oímos llegar y reparamos en su presencia cuando ya los teníamos encima.

—Hola, buenos días. —Sonó muy de manual.

—Hola —contestamos con indiferencia, como procedía.

—¿Podrían por favor decirnos qué están haciendo? No sé si saben que esto es zona roja.

—Ya, ya lo sabíamos. —Continuamos con nuestro trasiego, pero prestándoles ahora algo más de atención. La justa para no ofender—. Pues mire, como puede ver, estamos intentando sacar este cadáver del pozo. —Sonó burlón. Cambié el tono—. Hace ya unos días que estamos trabajando por aquí limpiando pozos y canales, a ver si conseguimos que no haya problemas con el agua.

—Eso que me cuenta suena muy bien pero, lamentándolo mucho, voy a tener que pedirles que se detengan. Verán, esto es muy irregular, se trata de un levantamiento de cadáver y no pueden proseguir sin un acta judicial.

Traté de explicarle.

—No, no. No se confunda. Esto es saneamiento básico. Nos daría lo mismo estar sacando un cordero. Es potabilización de emergencia. Mire, si no se asegura el abastecimiento de agua en la zona vamos a tener problemas, y ahí sí que va a hacer falta un juez que venga a levantar cadáveres.

—Lo siento pero hay que seguir el procedimiento. No pueden continuar hasta que no venga un observador acreditado.

—Ya... Y eso ¿cuándo puede ser?

—Pues ahí sí que no podría decirle.

—Ya... —comencé a arrastrar las palabras—. Es decir, que me está diciendo que tenemos que dejar al muerto macerando en el fondo del pozo hasta que haya un papel oficial que certifique que efectivamente está muerto.

B. me vio venir e intervino.

—Espera, hombre, no te cabrees. Déjame hablar a mí. —Trató de aparentar moderación—. Mire, lo que mi compañero trataba de decir era que...

Decidí dejar a B. solo con la discusión.

—Bueno, mientras terminan yo me voy a dar una vuelta, que necesito aire.

Ese es otro de mis problemas. No tengo sentido de la diplomacia. Además, el tipo tampoco lo estaría haciendo con mala intención, no sería más que otro eslabón en esta cadena de absurdos, y, probablemente, a él le molestara tanto como a nosotros toda esta situación, toda esta impostura.

Me alejé de allí y la conversación se hizo un murmullo. Con las manos en los bolsillos respiré hondo y eché a andar vereda abajo.

Pronto me tocó cambiar de rumbo, pues este me llevaba directo a la mezquita «y seguro que está minada; los otros fueron los últimos en dejar el pueblo, así que ¿para qué jugar con más fuego aún? Seguro que está minada. Y ¿cuál será el camino de la iglesia? Porque ese sí que debería ser un paseo seguro. No sé. No sé pero voy a seguir caminando, y sé que no debería; vagar por caminos que no conozco en este valle minado; jugar a los sobresaltos. Me da igual. Voy de paseo».

La mañana ya no es de algodón. La niebla se ha levantado sin dejar apenas rastro y ahora la mañana es de luz. Es luz amarilla sobre los prados verdes, luz que baila sobre la hierba ondeante, luz que brinda un respiro.

La mañana es de luz y olvido y el campo hoy no huele dulzón, huele a normalidad y a flores y a hierba recién cortada; y mi cabeza vuela hacia un tiempo de calma, de pisar sobre tierra firme, de vivir en lo predecible, aunque de eso haga ya mucho tiempo, antes de escoger entre mis coincidencias y convertirlas en destino. Pero hoy me siento ligero y camino como tal, y hasta el escozor de ortigas que me sube por las piernas contribuye al bienestar devolviéndome esa sensación de infancia, de rodillas siempre desolladas, de ausencia de prisa. Y mis pasos se hacen saltitos, acompasados, a contratiempo, paseando la hierba, paseándome a mí.

Al fondo del prado unos chiquillos jugaban con un balón medio desinflado. Un aro de latón sacado de una barrica de vino y mal clavado sobre una tabla hacía las veces de canasta. Una estaca medio quemada pero todavía en pie mantenía el aro en alto contribuyendo al más difícil todavía.

Un balón que no bota y tres chiquillos. Tres chiquillos y un juego quebradizo entre las manos. ¡¡¡Baloncesto!!! Mañana como de domingo y el mundo oliendo a

flores y un corte de manga a muchas cosas y baloncesto.

Regreso al tiempo en que todo era perfecto y rítmico. Regreso a casa por un momento.

Un alambrado y un prado de hierba alta me separan de ellos. Sé que es tierra sin desminar. El alambre delimita lo desconocido, es otra forma de decir precaución, cuidado, no pasar. Es la maldita cantinela de nuevo. Es el una, dola, tela, catola. Y no debería pasar. Lo dicen todos los protocolos de seguridad. Lo pone en todos los manuales. Me lo han repetido una y otra vez hasta convertirlo en letanía.

Tierra minada..., minada..., minada.

Me da igual. Salto.

Salto y echo a correr y en esa carrera salto por encima de mis temores y de esta mierda y de la guerra y del miedo que nos hace pequeños y vulnerables y esclavos, y me siento libre y limpio, como en mañana de domingo.

Yo y tres chiquillos, y así somos cuatro, dos para dos, casi perfecto. Y no hablamos porque no podemos y porque tampoco hace falta, porque el balón lo dice todo; habla al malbotar y pasar de mano en mano, al volar entre los cuatro que somos.

Y jugamos con nuestros miedos, con los míos, con los suyos, y con la sensación de normalidad.

Jugamos llenos de vida en un campo de muerte.

Y la vida bota como el balón, a duras penas, pero bota, y nosotros con ella, y así pasamos la mañana como de domingo, jugando al baloncesto.

Al regresar, los observadores ya se han marchado y ya es hora del almuerzo. Hoy toca latas. Como ayer, como mañana, como siempre.

Del partido no cuento nada, no tengo ganas de oír reproches.

De la hierba fresca sí, por compartir, por ver si a ellos también les llega el olor.

## XII

A veces tratar de entender las cosas o, en su defecto, tratar de seguir los cauces oficiales no supone más que un gasto de energía, en la mayoría de los casos inútil, aunque siempre hay quien a pesar de todo se encuentra más a gusto ahí, dentro de lo «correcto», de los «bienportados».

A mí siempre me parecieron más interesantes los atajos. Son más rápidos, más imprevisibles, más divertidos. En ellos es más fácil que aflore la sorpresa o la confusión, dos sensaciones difusas pero cargadas de movimiento, dos formas de volar, o casi.

Por esto y por mil razones más, entre las que se mezclaba el maldito Robin Hood que llevaba dentro de la cabeza y que tan a menudo me atormentaba con su charla, sabía que no iba a dejar a aquel tipo pudriéndose en el fondo del pozo. No me iba a marchar de allí sin acabar el trabajo solo porque unos individuos cargados de razones de papel así me lo exigieran. Además el baloncesto, como de mañana de domingo, me había llenado de energía.

—Vamos a sacarlo. No pienso volverme a casa dejando al tipo ahí. Si no, ya me contaréis a qué hemos venido.

Sentí que me estaba llenando de nuevo de indignación. Me resistía a pasar por otro aro más y menos aún si era tan absurdo como este. Era pura provocación, pura burocracia, juegos de salón de los que mueven peones desde lejos, desde la posición del que no olfatea porque sabe que allí donde está nunca le llegarán los tufillos ni el olor a tierra.

Sacaría al tipo de allí, saltaría por encima de los sinsentidos, de las imposiciones y de todos los que me revolvían las vísceras con la mera mención de su nombre de humo.

Nada que discutir. Saltaría. Sacaríamos al tipo.

B. irrumpió en mis pensamientos, pero sonó a reproche.

—No sé. Esto es ilegal, esos tipos andan rondando y no creo que hayan ido muy lejos. Pueden volver en cualquier momento.

—Venga, hombre, no me salgas con legalidades a estas alturas. Ni que estuviéramos haciendo trabajo de oficina. —Traté de no irritarme. Sabía que necesitaba su apoyo, no su cabreo. Cambié el tono e intenté jugar la baza del chaval razonable—. Además, no tenemos muchas salidas. El pozo más próximo está a cinco kilómetros y aún minado. En el cuartel dicen que lo del desminaje va para largo y por mucho que prioricen los pozos no va a ser cosa de unos días. Tenemos que sacar al tipo pronto o vamos a tener serios problemas de abastecimiento de agua, si no algo

peor. Justo lo que se supone que hemos venido a evitar.

El argumento pareció hacer su efecto. Él y Dardan comenzaron a asentir con cabeceos no demasiado rotundos. Finalmente, uno de ellos balbuceó:

—Bueno, vale.

Ya solo me quedaba rematar el discurso con un toque práctico. Aproveché la brecha.

—El trabajo sucio está hecho, solo queda tirar un poco de la cuerda y tendremos al tipo fuera. Será rápido.

Los convencí.

Saltaría, sí. Por encima de la autoridad, pero también por encima de mis temores, y de la impostura, y de muchas cosas; y sería, una vez más y al menos por un rato, el Capitán Trueno que burla villanos.

B. volvió a sacarme de mis pensamientos, pero esta vez con una voz de mando.

—Venga, darle para arriba que yo vigilo que no se vuelva a atascar.

El tipo comenzó a subir y de nuevo el agua empezó a escurrir por sus costados y el lodo a rezumar por todos los pliegues. La escena se repetía y el tipo subía, hacia arriba, hacia el mundo de los vivos y los locos, hacia lo que habría sido su universo de posibilidades si antes alguien no se hubiese encargado de mandarlo a macerar al fondo del pozo; el mundo donde habría podido dar todo aquel montón de besos que se le quedaron en el tintero y donde habría podido devorar todas aquellas pizzas tres quesos.

Observaba la escena con cierta distancia, como disfrutando de la burla y el corte de manga, cuando de pronto un estallido que venía del prado me cortó la respiración.

## XIII

Muchas veces he sentido como una carga el hecho de que el mundo me resultara tan tremendamente aburrido, tan falto de escenografía, tan de claroscuros. Que nada concluyera cuando realmente debía, cuando sonaba la música adecuada y caía el telón. Que nada irrumpiera cuando de verdad hacía falta ese punto de giro que virando la historia rompiera la monotonía. Que nada tuviese su razón de ser en el placer de sorprender.

Sin embargo, aquella tarde, al oír el estallido, deseé con todas mis fuerzas que el mundo, al menos por un rato, continuara siendo igual de predecible, igual de aburrido, igual de «como siempre». Que aún fuese ese lugar donde los estallidos, a pesar de lo mucho o poco que se esforzara nuestra imaginación por jugarnos una mala pasada, no fueran más que eso, estallidos, ruido, algo que cae a destiempo, algo banal, algo que casi nunca se ajusta al guion melodramático que la cabeza construye solo para hacernos creer que el mundo a veces tiene música de fondo.

Deseé con todas mis fuerzas que aquel estallido no trajera consecuencias. Que no le siguiera una escena que, empezando con un bonito plano panorámico, se fuera a un plano corto y contrapicado del protagonista que le diera la intensidad y el tono adecuados.

Pero ¿por qué las cosas casi nunca suceden como deseamos? ¿Por qué los presagios solo se cumplen cuando más miedo nos dan? ¿Por qué todo el mundo teme en cierto momento que su vida se transforme en una película? ¿Por qué interpretamos acontecimientos banales como puntos de giro del guion y nos quedamos esperando como idiotas a que suceda ese algo que nunca ha de suceder? ¿Por qué todas las madres pasan la noche en vela convencidas de que el teléfono sonará a las tres de la mañana para anunciarles que su hijo, Dios mío, su hijo, malrespira en un cuartucho de urgencias de algún gran hospital, tan gris como grande, «y yo que lo sabía..., que ya le había dicho que no me gustaban sus amigos ni esas horas de llegar»? Y, después, cuando el teléfono no suena y amanece y el sueño las vence, deciden que qué tontería preocuparse porque seguro que está en casa de algún amigo y, total, ¿por qué pensar siempre que las cosas pasan como en las películas? ¿Por qué ser tan melodramático? Mi vida no es una película. Yo soy una persona corriente.

Es un estallido, de acuerdo; y viene del prado donde hace un rato yo era un niño más jugando al balón, de acuerdo; pero, coño, también puede haber sido una vaca que ha pisado la mina, o incluso puede que no haya sido una mina y haya estallado otra cosa, un motor, algo, no sé. Además, las minas del pueblo están bien señalizadas, y los campos ya los barrieron los desminadores, y no fueron solo los de la guerrilla sino también los otros, los oficiales, aunque eso fuera hace ya tiempo, antes de las lluvias. Pero ¿por qué pensar que las lluvias las han cambiado de sitio?, aunque eso sea algo

que ocurre tan a menudo, ¿por qué pensar que esta historia va a tener una trama tan predecible? No, no es una peli, no hay puta música de fondo o al menos yo no la oigo. Será solo una vaca que ha pisado la mina. Pasa tan a menudo...

Pero lo predecible es siempre relativo, depende de por dónde te muevas, del contexto, de la ambientación y de muchas otras cosas; y por eso dentro del horror lo predecible es más horror y además, y a ser posible, a destiempo.

El aire olía de nuevo dulzón y el corazón me latía deprisa, más deprisa de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

Mi cabeza era todo un presagio y este era de color negro. Olía a negro, se dejaba palpar. Agucé el oído por encima de los latidos y me llegó el murmullo. Voces que se van acercando, que se hacen griterío, que se tornan gemido.

Quise parar la secuencia, congelarla, darle al rebobinado, sacar la cinta y marcharme a casa dejándolo todo a oscuras y en silencio, pero no pude; y lo vi venir, subiendo la cuesta de la iglesia con el niño en brazos y la algarabía alrededor que se había hecho lamento.

Y lo traían entre todos, pero el que lo cargaba era un hombre que era todo un desgarró. Tal vez fuese su padre, tal vez no. Daba igual, era un puro desgarró, y solo verlo hacía daño.

Y, de pronto, ya no vi más porque su imagen y una luz hiriente, como de disparo de sal, se me metieron en la retina, y ya no pude ver nada más.

O tal vez no quise.

Un niño muerto es todo lo que nos queda después de la locura.

Muerto, lacio, desmadejado, ausente.

La muerte se resume así. La locura también. La ira fluye de prisa y movida por mil razones, pero el sumidero es solo uno, un niño desmadejado. Un niño que hacía un rato era puro alboroto cae ahora muerto y lacio, escurriéndose como agua entre los dedos de entre los brazos del hombre que lo porta. Y en sus ojos solo hay ausencia, no hay ira ni reproche, solo ausencia.

Después no hay nada más que decir.

Nada.

Todo lo demás ya no importa. Todo lo demás es impostura.

## XIV

Después de aquello no me sentía capaz de continuar con el trabajo. El tipo del pozo dejó de preocuparme, dejó de preocuparnos a todos. Lo dejaríamos allí hasta que alguien con todos los papeles en regla viniera a sacarlo. Alguien que fuese portador de esa autoridad que le da o le quita el visto bueno a un muerto para que pueda ser sacado del pozo en el que está caído, y casi olvidado, y solo dedicado al fino arte del buen macerar; alguien que habría de venir con una cuerda bien gruesa para que no se le quebrara en mitad de la operación y el muerto al caer al lodo del fondo le salpicara la cara arrancándole un mal gesto; alguien que supiese tirar fuerte y seguido de una cuerda sin doblar la espalda; para poder así sacar al tipo, de una vez por todas, y dejarlo secar y enterrarlo donde fuera, pero lejos, lejos del pueblo, y casi mejor fuera del valle, para no ofender, para no rascar en las heridas, para dejarlo estar; que lo único que nos faltaba eran razones para seguir alimentando la ira.

No quería seguir allí ni un minuto más. No podía.

No podía seguir oliendo ese aire dulzón. No podía escuchar más lamentos.

Colocamos un cartel bien grande sobre la boca del pozo anunciando que el agua no era potable y empezamos a recoger los trastos. A fin de cuentas esas eran las instrucciones oficiales y mi espíritu transgresor aquella mañana se hallaba un tanto maltrecho.

Solo quería correr, correr sin tener miedo de por dónde pisaba, correr hasta olvidarme de ese maldito olor dulzón.

«Y ya está todo recogido y en orden, así que nos marchamos. Todo en su sitio y yo me largo. Aquí ya no pinto nada. Correr para que el viento me limpie la cara y el alma y todo, para no tener que sentir el corazón en la boca por un tiempo, al menos hasta que pase la lluvia».

Osman me miraba mientras guardaba los trastos, interrogante, rozando lo inquisidor. Era un mal momento, estaba harto, muy harto, y no me sentía con ganas de aguantarle la mirada, ni a él ni a nadie.

No lo hice, pero dio igual. No esperó a encontrarse con mis ojos para iniciar su ataque.

—Así que te largas, extranjero. Sin más. Se tuercen las cosas un poco y tú te largas.

Sus palabras me hirieron. Repliqué.

—¿Se tuercen un poco? Joder, ¿tú a qué le llamas un poco? Se me sale la mierda por las orejas.

Hice una pausa para calmarme. No quería descargar mi ira contra él; además, sentía que en el fondo su crítica tenía algo de razón. Aproveché mi pausa para volver a golpear.

—¿Qué coño pasará ahora con el agua del pueblo? Esta gente tiene que beber y van a hacerlo saques tú al tipo rubio del pozo o no.

—Que no sabemos si es rubio... ¿No ves que tiene todo el pelo lleno de lodo?

—Bueno, rubio o no qué más da. Ya sabes que eso a mí no me importa.

Me encogí de hombros.

—Mira, Osman, yo me largo, esto parece que ahora es ilegal y no quiero líos. Puede que tengas razón y que sea un rajado, pero de verdad, no puedo más. No puedo más... —Y al decirlo me froté la cara como para despertar de un sueño y di por concluida la conversación.

Desde luego correr nunca es un buen remedio para casi nada, y menos aún para escapar. Al final, las cosas de las que huyes te acechan y atrapan en las esquinas más insospechadas, en cada recoveco. Es como si los problemas, a fuerza de negarlos, de ignorarlos, dejaran de ser manejables y adquirieran esa dimensión de susurro que les va a permitir colarse por debajo de las puertas, bajo la piel y por entre las rendijas de todo y de los muros que intentamos poner de por medio y a nuestro alrededor.

No, correr no suele arreglar nada porque siempre nos terminamos dando alcance.

Cuando algo te aprieta el alma hay que buscar otro remedio, un buen parche — temporal, por supuesto— a la espera de que el tiempo y la lluvia conviertan las penas en agua pasada, en un recuerdo, como todo. Porque siempre ocurre y, al final, todo es agua pasada.

Pero, por qué será que estos sortilegios, y aun a pesar de solo pretenderlos como algo temporal, apenas funcionan durante el día para luego derrumbarse al caer la noche, casi siempre a medianoche, como la pobre Cenicienta, dejando tras de sí solo polvo de estrellas y sensación de vacío.

Y luego están esos malditos días en los que parece que siempre fuera medianoche y que a veces se suceden tan ininterrumpidamente.

Y lo que un día fue un bálsamo hoy se diluye, se lo lleva el viento, se va por el sumidero dejándote de nuevo en tus propias manos.

Sin embargo, hoy solo queremos correr, y en ese momento nos parece una buena solución. Tal vez más tarde, a las tres de la mañana, todo se derrumbe. Pero de momento vale.

Dardan andaba mezclado entre la gente, haciéndose parte de la desgracia, comentando o no sé.

Me entraron las prisas.

—Venga, Dardan, vamos a cargar y a largarnos de aquí.

Y grité pero no pudo oírme porque un trueno resonó por encima de mi voz.

¡Tormenta!

Un montón de ojos se volvieron al cielo, un montón de conversaciones detenidas al mismo tiempo que la mía. Una nube inmensa se aproximaba, negra como el día, como los presagios, y, al cabo, un mundo de rayos y truenos llenó un valle que pronto sería una cortina de agua por la que apenas se filtraban los últimos rayos de un sol agonizante.

—Venga, aligera y trae el coche, que hay que largarse echando leches. Como llueva así mucho rato no va a haber manera de salir del valle.

Demasiado tarde. Cuando fue por el coche el barro ya se había pegado a las ruedas y se escurría por ellas formando una película blanda y brillante que hacía que

todo se volviera resbaloso y difícil. Y de nada servía que nos echaran una mano, de nada que nos ayudaran a empujar. Las ruedas giraban esparciendo el lodo en todas direcciones, pero el coche no se movía. El barro nos sujetaba por los tobillos como si fuese un perro de presa.

La misma escena de tantas otras veces. A veces las cosas se repiten tanto...

—Nada. Nos quedamos. Pasaremos la noche en el refugio de ayer.

—Joder, qué día.

Volvió a caer la noche, seguía lloviendo y de nuevo nos arropamos unos con otros buscando no sentirnos tan solos. Al menos con la tormenta ya no se oían los lamentos.

Los truenos suenan más e importan menos.

La tormenta es toda una furia sobre las lágrimas.

Y siguió lloviendo. Lágrimas de agua. Las lágrimas de otro tiempo.

Y aquella lluvia seguirá cayendo sobre el valle mientras yo tenga memoria.

## XV

Hace ya tres días que llueve y los prados se han hecho líquidos, y el valle se ha hecho mar, y el mar ya no existe más que en la memoria, y la lluvia nos atrapa en este cobertizo de techo casi agujereado, y seguimos comiendo a base de latas, aunque frías, porque hace tiempo que se acabó la leña para calentarlas y con esta lluvia es inútil intentar salir a buscar más.

Y tengo sueño y hambre y frío y la cabeza llena de preguntas que nadie sabe o nadie quiere contestar.

Mis manos ya no son mis manos. Las miro y las veo más grandes, o más viejas. No sé bien, pero algo ha cambiado en ellas; no son las de antes. A las de antes las conocía bien y no eran así, eran más concretas, más pequeñas, más enguantables.

Y, de pronto, qué extraño resulta todo. Y paso toda la mañana observando. Mis manos y la lluvia, y la lluvia y mis manos. No sé, qué tontería, pero el caso es que es cierto que son distintas, probablemente solo más viejas pero, en cualquier caso, distintas.

Porque las cosas cambian, eso es normal, cambian, y será por eso que han cambiado mis manos, como cambia todo, como he cambiado yo.

Porque he cambiado, eso lo sé. Al menos eso sí que es una certeza.

Y, de pronto, un grito que viene del pozo y que resuena por encima del estruendo arrítmico de la lluvia me saca de mis cavilaciones.

—¡¡¡Mirad!!!... ¡¡¡El agua!!!

Me vuelvo hacia el alarido.

Y no soy yo solo, todos nos volvemos. Y el tipo sigue gritando, con esa voz de grito.

—¡El agua..., el agua del pozo, que está subiendo!

Así, sin más, todo resulta transparente y claro.

El nivel del pozo sube y el tipo parece que de tanto macerar flota y también sube con el agua, y si sigue lloviendo al final la lluvia lo va a sacar.

Y parece como si se abriera un claro en el hongo de nubes densas que nos envuelven, por dentro y por fuera.

Y de pronto la lluvia suena de otra manera, casi con ritmo de ola.

Al final, quién lo iba a decir, gracias a la lluvia nos vamos a marchar a casa con los deberes hechos. También con el alma rota, eso sí, pero con los deberes hechos.

Y qué coño, bien está lo que bien acaba.

Acurrucados en el quicio de la puerta, dispuestos a no perder detalle, esperamos mientras la lluvia sigue cayendo. Todas las miradas convergiendo en el mismo sitio. Todos los deseos también.

Y siguió lloviendo.

Y aún habrían de llover así muchas horas con igual fuerza e igual furia y haciendo la misma cortina de humo que tapaba el fondo del valle para poder ver aparecer la panza lustrosa del tipo por el raso del pozo.

Y el agua que comienza a salirse del pozo, y el tipo que flota como suspendido en el aire, al ras del pozo. Y algún rayo que otro que se filtra por entre las nubes tormentosas le saca brillo a la panza redonda, hinchada e indecente, y no sé muy bien por qué, porque es una mierda y es triste, pero el ver aparecer la panza del tipo por el reborde del pozo me arranca una sonrisa y siento cómo me invade una especie de alegría justiciera. O tal vez solo sea ese infantil afán por dejar las cosas en orden, en su sitio y a ser posible limpias, como si así fueran más fáciles de manejar, como si así fuera más fácil borrar su rastro.

Y el tipo definitivamente sale del pozo, sin papeles y bien macerado, pero sale del pozo, porque lo saca la lluvia, que no entiende de legalidades y que hoy suena con ritmo de ola. Porque sí, porque le da la gana.

Esa misma lluvia que movió de sitio las minas que mataron al niño, que lo dejaron tan lacio, tan desmadejado; esa misma lluvia que me moja la cara cuando lo que quiero es echar a correr; la misma lluvia que nos atrapa en este lugar donde solo se come de lata y la misma lluvia que borra del aire el olor dulzón.

La lluvia es solo agua que cae, que no sabe de guerras ni de iras, ni de justicias o injusticias, que solo moja y así va dejando su huella.

Ojalá las cosas muchas veces fueran así de sencillas. Ojalá lloviera más a menudo.

## XVI

Y el agua se lo llevó colina abajo ante la perplejidad de todos los que estábamos disfrutando del espectáculo. Y nadie acusó la ausencia de banda sonora ni de títulos de crédito. El espectáculo fue simplemente perfecto, pero acabó y nadie arrancó a aplaudir, porque no procedía, porque hay cosas que no necesitan maquillaje ni apostillas. Nadie aplaudió pero nos invadió una sensación de alivio, de levedad, que fue mejor que el mejor de los aplausos.

Poco después cesó de llover y fue definitivamente el final de todo. Como cuando después de un concierto te encienden las luces de fondo y te arrancan toda la magia que aún te quedaba en el paladar para que te marches sin pedir más propinas, para que vayas saliendo en orden de la sala —y, a ser posible, sin empujar— y vuelvas al mundo de las cosas en orden y de lo predecible.

Y es que ¿por qué siempre hay tanto empeño en devolvernos ahí, no importa a qué precio, a ese mundo donde la gente no espera que te regalen un rato de magia o de sentirse ligero?

Cesó la lluvia, el valle se volvió a llenar de luz y los restos de niebla se mezclaron con el agua que se evaporaba de los prados dibujando unas cortinas de luz que hicieron las veces de telón.

Recogimos los trastos, lo metimos todo en el Range Rover, nos despedimos con un par de gestos y salimos de allí.

El barro que quedaba en las ruedas se desprendía y golpeteaba los bajos del coche marcando el ritmo del descenso. Mirábamos por la ventana, nadie hablaba. Quizá por seguir paladeando esos breves ratitos de magia, quizá por puro cansancio, quizá por no llorar.

Al fondo del valle, columnas de humo negro rompían de nuevo el trazo de un horizonte desigual, enseñando otra vez las garras de las deudas sin saldar, recordando al valle que el juego, aún, no había terminado.

Osman las vio, me miró y no dijo nada. Quizá por puro cansancio. Quizá también por no llorar.

## Epílogo

De lo que ocurrió después con aquel tipo, desde ese preciso instante en el que lo vi desaparecer colina abajo arrastrado por el agua, no quise saber ya nada. Ni entonces ni luego, ya fuera del valle, en tierra de nadie y transcurrido ese tiempo prudencial que suele hacer falta para que los hechos, no importa cuáles, adquieran su verdadera dimensión. La dimensión con la que serán contados y con la que saltarán de boca en boca, desprendiéndose de las ataduras del tiempo y convirtiéndose en literatura, que a fin de cuentas es la única verdad que nos arrulla cuando todo falla.

No quise saber ya nada aunque en los meses que siguieron tropecé con más de uno que sabía de la historia y que no andaba falto de ganas de contar.

No quise saber ya nada a pesar de que las peripecias del cadáver, como era de esperar, sufrieron los efectos de ese boca en boca que convierte ciertas cosas en cuentos librándolas del olvido.

Y seguro que sería un cuento sabroso. Porque el valle lo necesitaba, porque la gente lo necesitaba, porque convertir las tristezas en cuentos y a los buenos en héroes y a los malos en villanos es la mejor manera de ahuyentar el vacío en el estómago que a veces nos provoca esta vida traicionera que camina siempre hacia el mismo sitio, siempre para un solo lado.

Pero no, yo no quise saber ya nada y no lo supe, porque quería conservar en la memoria esa sensación de levedad que me produjo el tipo flotando colina abajo y porque, en el fondo, sentía que aquella historia me pertenecía a mí, que aquella tarde llovió para mí, para mojarme el alma dolorida, para quitarme del paladar ese sabor canalla que aún hoy recuerdo tan bien.

No quise saber ya nada, y no lo supe, y creo que hice bien, porque el no hablar de los muertos ni de sus peripecias y viajes a través de la lluvia no es más que una forma como otra cualquiera de guardarles respeto y dejar que duerman en paz.

U na, dola,  
tela, catola,  
quilo, quilete,  
estaba la reina  
en su gabinete,  
vino Gil,  
apagó el candil,  
candil, candilón,  
cuenta las veinte,  
que las veinte son.